

bajo la debida circunspección discreta, se desliza el comentario apasionado. La historia argentina "primero padeció la ambición, poco patriótica, de los intereses de familia, cuyos patrocinantes quisieron anexarla a su patrimonio particular, unos en lucha contra otros, para lo cual confeccionaron una historia de riguroso servicio doméstico". Está hablando de Sarmiento y pronto se comprende cuáles fueron las dinastías familiares que le salieron al paso a la reivindicación del gran loco, de "Don Yo", aunque el discreto Luis Emilio no lo diga.

Todo el libro es resbaladizo, pero tómese la palabra en su recto sentido. Resbaladizo porque cae, suave y fuerte, sobre las cosas que no quiere decir y que sin embargo dice. Luis Emilio Soto —que no satisface cuando trata de establecer su filiación de crítico quizá porque leído a lo Juan Valera se le note demasiado el "galicismo mental"— es un crítico pleno cuando ahonda en la raíz del alma argentina y descubre nuevas facetas en los libros de su tierra. Bajo su estimación se comprende mejor el porqué de Mallea y el porqué espiritual de la fogosidad de Sarmiento o el paramento ornamentado de Lugones. De muy viejo se practica que para llegar al tuétano de un libro no basta con leerlo: hay que pulsar la reacción de sus contemporáneos. Soto es un magnífico compañero para esta clase de viajes, especialmente cuando se trata de conocer lo que piensa un fino intelectual argentino, cosmopolita, de los más sonados libros del momento. Y para completar su simpatía trae el libro una semblanza de Amado Alonso, el hablista de la Universidad de Buenos Aires, escrita con amorosa comprensión.

JOSÉ TARNASSI, *Estudios latinos*.—Buenos Aires, Instituto de Literaturas Clásicas de la Universidad de Buenos Aires, 1939. 2 vols., 28 cms. Contienen: Tomo I: Los poetas del siglo VI de Roma estudiados en los escritores latinos. Tomo II: Obras varias.

Por Hispanoamérica ha surgido, al fin, la revisión cuidadosa de las fuentes espirituales de toda cultura. En este fructífero recuento nuestras tierras comienzan a desempolvar sus tradiciones para hacerlas ondear al viento seguras de sus más íntimos valores artísticos, a menudo más originales que los ejemplos importados. México, con su limpia historia humanista que comienza en los versos latinos de Cristóbal Cabrera y los diálogos pintorescos de Cervantes de Salazar, Lima con su limeñismo sabroso y áspero como la garúa ciudadana, tan típico en Caviedes como en don Ricardo, y Cuba con su filosofía innovadora, están dando claros ejemplos de respeto a las raíces ocultas de su evolución cultural, pero esta inquietud no se detiene en el descubrimiento del pasado inmediato sino que también bucea en la genuina savia intelectual del mundo porque si ya América tiene sus clásicos no por eso olvida a los grandes clásicos de todos los tiempos, los de Grecia y Roma.

Formados en la escuela literaria de España, los países de América heredaron, como era lógico, la formación latina sobre la griega que ape-

nas apunta a lo largo de nuestra evolución literaria. De Roma vinieron voces lejanas logrando imponerle a cada tierra de Hispanoamérica —todas distintas en el paisaje y en la expresión—, ciertas formas latinas peculiares. Por México se pasea el grave Virgilio de la mano filial de Landívar y por Cuba sojuzgada resuena gravemente Lucrecio o se hace historia y crítica a la manera reservada de Tácito. Los limeños siguen los mismos caminos escépticos de Horacio, y Andrés Bello, hombre casi cosmopolita, traduce a los mejores clásicos latinos. Como el latín vino a América con los primeros misioneros, nada tiene de improvisada nuestra formación clásica, aunque hasta ahora pocos libros puedan citarse que como *Horacio en México*, de Méndez Plancarte, persigan tenazmente la forma y el espíritu de un poeta antiguo en la trabazón ideológica de un país hispanoamericano. Sin embargo, no se desdeña por América la grave lección del pasado. La Argentina, pragmática y tecnificada como una nueva Roma del Sur, no olvida las ejemplares lecciones del mundo antiguo e intensifica ahora tales estudios en sus programas de renovación cultural.

Desde hace largos años, en 1896, cuando fué creada la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires por Mitre, Irigoyen y Groussac, se preocupó Argentina por el conocimiento y difusión de los estudios clásicos. Para la cátedra de Literatura Latina se llamó al joven abogado italiano José Tarnassi, hijo de un profesor también establecido en Buenos Aires, que fuera amigo de Nicolás Avellaneda. A su paso por la Facultad el estudioso catedrático dejó obra duradera, en gran esfuerzo de erudición y método. Agotados sus libros —aparecidos entre 1896 y 1903—, la Universidad le ha rendido el mejor homenaje: la edición, en dos tomos, de sus obras completas.

En una búsqueda paciente y avisada José Tarnassi reunió todos los fragmentos y comentarios que pudieran hallarse en los autores latinos sobre los poetas del siglo VI: Livio Andrónico, Nevio, Estacio, Pacuvio y muy especialmente Ennio, el hombre de los *tria corda*. Así, este libro es fundamental para el conocimiento de la primera época de la literatura latina, porque ofrece directamente los únicos textos conocidos de sus más antiguos escritores, dispersos en los trabajos de Aulo Gelio, Cicerón, Quintiliano, Patérculo y otros de categoría menor. Publicó, también, una magnífica vida de Cicerón, lecciones de Literatura Latina y algunas traducciones del latín al italiano. Bajo su dirección se tradujo en clase el Sueño de Escipión y el primer libro de las Académicas.

El Instituto de Literaturas Clásicas de la Universidad de Buenos Aires ha reeditado la obra total de Tarnassi en dos cuidadosos volúmenes. En el primer tomo, dedicado íntegramente a los poetas del tercer antesiglo, se ha utilizado el texto español a la par que el texto latino; de ahí que tenga el libro un valor esencial de consulta. Hasta ahora, en estudios de esta índole era preciso recurrir a las ediciones francesas, pero ya puede enorgullecerse América de un trabajo digno "de la filología europea", como dijera don Marcelino Menéndez y Pelayo. Aunque ejecutado

por un extranjero, tal estudio, realizado bajo la hermosa protección de una Facultad entonces muy reciente, pertenece a la erudición de América por el doble signo de su nacimiento y de su edición.

El retorno a los clásicos es evidente en la formación de las actuales generaciones de la Argentina. Hay una Academia Latina que se preocupa por la difusión de los estudios humanísticos tratando de continuar la línea recta que marcan los antiguos en la evolución de la cultura vernácula. A mediados del siglo XVIII llegó a Buenos Aires el catalán José Manuel Peramés, que publicó en Córdoba sus *Laudationes quinque* y se continúa la tradición con el dominico Neyra, el predicador Julián Pedriel y los himnos sáficos de Fray Luis Pacheco. Varela y Magnasco traducen a otros poetas del Lacio y un buen día Leopoldo Lugones, sonoro mensajero del Modernismo, traslada en alejandrinos una égloga de Virgilio. La labor del Instituto de Literaturas Clásicas está así ligada a la auténtica expresión de la cultura argentina, que reconoce como una de sus fuentes espirituales las siempre puras aguas de lo clásico insobornable, rico en significados vitales.

En América se dan sincrónicos los grandes movimientos culturales desde aquella magnífica floración que fué la poesía moderna en que trabajaron a compás los grandes poetas del mundo nuevo. No es de extrañar que este renuevo de lo clásico en Argentina corresponda a un movimiento paralelo en las demás tierras del Continente. Hace poco apareció en Ecuador el hermoso libro de Espinosa Pólit sobre Virgilio y en 1938, en Chile, editaba Alejandro Vicuña su *Horacio*, sabrosa biografía llena de vida palpitante. México, por supuesto, mantiene vivo el orgullo del viejo humanismo enraizado fuertemente en el Virreinato y que floreció después ricamente en el bucólico Landívar y en las traducciones maestras de Pagaza y Montes de Oca. Los cubanos del siglo XIX —Heredia, Guiteras, Poey—, tradujeron tersamente los hexámetros antiguos, pero el recuerdo amable de las letras clásicas se pierde en la isla hasta que Chacón y Calvo apunta su tesis de la formación horaciana de Heredia. Sin embargo, la influencia de los grandes poetas latinos, incluyendo a los elegíacos, se manifiesta a lo largo de toda la poesía antillana como un ancho cauce que la atraviesa en secreto.

Ahora marcha Hispanoamérica al redescubrimiento del Humanismo —el nuevo Humanismo— lo que indica ya plenitud cultural en maduración y aptitud para captar los limpios valores del mundo clásico con su soberbia tónica de trabajo. Así el hombre integral podrá lograrse en América nueva, donde quedan aún amplios espacios vitales para las letras del mundo que nace y del mundo que fué. El Instituto Argentino de Literaturas Clásicas está interpretando cabalmente esta búsqueda ansiosa en las fuentes originales de la expresión artística, sin intermediarios ni guías deformadores. El latín arcaico de los fragmentos de Ennio, las discutidas proyecciones de Cicerón, y una amorosa interpretación de la labor de Livio Andrónico, el padre de la literatura latina, son ahora de

fácil acceso en las cuidadas ediciones del Instituto que tan activamente dirige el profesor Enrique Francois.

ESPERANZA FIGUEROA.

GERHARD MASUR, *Goethe - La ley de su vida*.—Bogotá, Biblioteca de "Revista de las Indias", vol. 3, 1939. xvii-250 pp.

Este precioso libro, que "tiene para Colombia y para toda la América española un valor altísimo de iniciación y de cultura", por ser "un comentario minucioso que abarca toda la vida del Musageta y penetra por instantes con luminosa simpatía en las honduras" de su portentosa y fecunda existencia—como dice el prologuista, don Baldomero Sanín Cano—, se compone de varias conferencias que el profesor Masur dictó en la Universidad de Berlín, y otras que preparó para las universidades de Londres, Cambridge y Oxford, y que vino a dictar en Colombia, en las de Bogotá, Medellín y Popayán.

Según su autor, el libro "no pretende ser una biografía de Goethe", pues lo que más le interesó a aquél fué "escudriñar la ley íntima" de su vida, "representándola con la belleza imperturbable y el esplendor eterno con que se manifiesta en su obra todavía, después de más de un siglo".

Para el profesor Masur, su ensayo tiene "un mérito indiscutible": el de presentar a las naciones hispanoamericanas "veinte de las más sublimes poesías del maestro de Weimar", en versiones de Otto de Greiff y de Guillermo Valencia, "el vate payanés que, por amor y congenialidad íntimamente ligado" con sus obras, "ha creado las producciones de la inspiración goetheana por segunda vez y en lengua española"... Para los lectores, Masur ha logrado mucho más de lo que modestamente dice, y tiene otros indiscutibles méritos su ensayo.

Lo primero que sorprende en el libro es el dominio que el ilustre profesor ha logrado de la lengua castellana en los pocos años que lleva de residencia en tierras colombianas, y lo segundo, su honda y genuina familiaridad con las obras de Goethe y su fina capacidad para interpretarlas, no sólo en sí mismas, sino en relación con la vida y el temperamento del titán que en ellas realizó su ensueño de amor multiforme y grandioso. Paso a paso y obra por obra, el profesor Masur sigue a Goethe, desde su infancia hasta su madurez, y desde sus poesías juveniles hasta *Las peregrinaciones de Wilhelm Meister* y el *Fausto* definitivo, sin haber dejado de consultar su correspondencia toda, y guiándose siempre por las complejas páginas del *Diario* y de *Poesía y verdad*... Y así va surgiendo, de *Goethe - La ley de su vida*, el inmenso y armonioso Poeta que identificó su persona con el mundo y con Dios, gracias a la fuerza de su amor y a la mágica virtud de su poderosa fantasía; el creador de símbolos que contemplaba "cada objeto como manifestación del poder universal"; el Hombre sereno, justo, generoso y noble que le pedía a Dios sólo "pensamien-